

ral del ejército de *Valentiniano*, mata á éste y nombra emperador á *Eugenio*. El infatigable *Teodosio* acude de nuevo, derrota á *Arbagasto* y manda degollar á *Eugenio*. Estos triunfos del caudillo hispano, á quien la posteridad le ha dado con justicia los calificativos de *grande* y de *divino*, fueron de mucha trascendencia; puesto que los dos rebeldes eran paganos é intentaban restablecer el culto de los ídolos. En 395, después de publicar el «edicto de Milán,» en que castigaba con pena de muerte á los que practicasen el culto de los gentiles, y después de fundar definitivamente con sus victorias el cristiano, *Teodosio* dividió á su muerte el Imperio entre sus dos hijos: á *Honorio* dió el *Occidente* y á *Arcadio* el *Oriente* (1).

Muy distinto fué el destino de estos dos imperios: el de *Occidente*, con su capital, la soberbia *Roma*, pronto fué presa de los bárbaros, [476]; mientras que el de *Oriente* resiste por mil años á los árabes y eslavos, inexpugnable en su amurallado recinto de *Constantinopla*, hasta que cae por fin en poder de los bárbaros *turcos* [1453]. Esta larga agonía del *Imperio bizantino* [de *Arcadio* á *Constantino XII*], es lo que se ha convenido en llamar «Edad Media.»

(1) *Teodosio* era de un gran carácter, puesto que sabía dominarse. Lo prueba el hecho de humillarse ante el Arzobispo de Milán, cuando éste le impidió penetrar en la Iglesia, por las ejecuciones que verificara en Tesalónica. San Ambrosio mostró rectitud moral; *Teodosio*, grandeza y sublimidad.

LIBRO SEGUNDO.

HISTORIA DE LA EDAD MEDIA.

SECCION PRIMERA.

PUEBLOS DE OCCIDENTE.

CAPITULO I.


Formación de nuevas naciones.

I.—Los Bárbaros.

MAS allá del *Rhin* y del *Danubio*, en los territorios del actual «Imperio Alemán» y en las llanuras del Sur de Rusia, vivían pueblos que no habían llegado al punto de cultura que alcanzaron los griegos y romanos; pero tenían con éstos, y con los indostánicos y persas, gran semejanza en idioma, religión y costumbres: eran, así, de la misma raza arya y contenían en germen mayores principios de cultura. Estaban divididos en varias tribus que se hacían la guerra, destrozándose incesantemente. Cada tribu elige un jefe famoso por su valor y sus hazañas, y le juran obediencia los guerreros de ella, se comprometen á seguirlo y mueren defendiéndolo. «Cuando no pelean, dice *Tácito*, no se ocupan más que en cazar y dormir.» Algunas de estas bandas penetraron en el Imperio, durante los tres primeros siglos; pero siempre fueron derrotadas por las legiones romanas, mejor disciplinadas, y dirigidas siempre por hábiles jefes. Mas, en el siglo IV, ya no fué posible contener á estos duros y enérgicos guerreros que se precipitaban, no por bandas sino por naciones. *Teodosio* y sus suce-

sores lograron detener ó retardar la caída del Imperio, tratando con los bárbaros, convirtiéndolos en aliados y dándoles tierras; pero fueron aliados poco fieles y muy pronto volvieron contra el emperador las armas que recibieron para defenderlo.

II.—Las Invasiones.

 L comenar el siglo IV, los *germanos* comprendían diversas tribus, (francos, alemanes, sajones, daneses, lombardos, y vándalos, entre el *Rhin* y el *Oder*), entre las cuales se distinguía la gran nación de los *godos*, que ocupaba las llanuras de la *Rusia* actual (1). Todos estos pueblos entraron en liza sucesivamente y se dividieron á su antojo, según su fuerza y poder, la herencia de los *Césares*.

Las invasiones no se efectuaron de golpe. Los *godos* fueron los primeros que aparecieron en la línea del *Danubio*, en el año 376. El emperador *Valente* (Augusto de Constantinopla), intenta detenerlos en *Andrinópolis*; pero es vencido, y perece en su derrota. *Graciano* (Augusto de Occidente), nombra á *Teodosio* emperador de *Constantinopla*, y el inteligente caudillo logra á fuerza de hábiles maniobras vencerlos y obligarlos á tratar. A la muerte de *Teodosio*, *Alarico* lleva á sus huestes hasta Grecia, donde sólo respeta á la ciudad, «madre de las artes.» *Atenas*; sube por el *Epiro* y amenaza la *Italia*; derrotado por *Estilicón* vuelve otra vez, hasta que el cobarde *Honorio* sacrifica por vagas sospechas al único general que podía oponerse á los *Visigodos* (2), y entonces *Alarico* se apodera de *Roma* (408). *Honorio*, para verse libre de ellos les abandona la mitad de la *Galia* y la *España*, donde el sucesor (*Ataulfo*), funda la monarquía visigoda, cuya primitiva capital fué *Tolosa*. (419).

(1) Los demás bárbaros, los eslavos (situados en el valle inferior del Danubio), divididos en venedos, letos ó polacos, servios, moravos, bosnios y croatas, fueron arrebatando al Imperio de Oriente sus provincias danubianas y helénicas, durante la Edad Media. Solo un pueblo de raza amarilla se estableció en Europa: el húngaro.

(2) Se llaman *Visi-godos*, porque en la invasión de *Atila* estas tribus estaban situadas al *oste*, y escaparon á la dominación, penetrando en el Imperio Romano.

Al mismo tiempo, los *alanos*, *suevos*, *vándalos* y *burgundios*, atraviesan el *Rhin*, devastan la *Galia* y penetran en España, donde se dividen con los *Visigodos* todo el territorio. Solo los *burgundios* forman un reino en el sudeste de la *Galia* (413). Los *francos* ocupan el centro y norte de la misma.

Poco después, *Atila*, (jefe de los hunos), se adelanta con sus huestes sobre el ya desmembrado Imperio de Occidente y arrasa el nordeste de la *Galia*. *Æccio*, general de las legiones romanas, une su ejército con el de los *visigodos*, *burgundios* y *francos*, y presenta la batalla á los *tártaros* salvajes en las llanuras *cataláunicas*; (451) los derrota en un encuentro sangrientísimo y los obliga á huir. El feroz *tártaro* trata de saquear á *Roma*; pero *San León* logra detenerlo á las puertas de la ciudad eterna. Luego muere en *Pannonia*, donde con los restos de su pueblo y con los *eslavos*, se constituye la *Hungría*, que debía ser con el tiempo el baluarte más firme contra los *turcos* y demás hordas asiáticas, pertenecientes á la misma raza amarilla de los hunos.

Apenas libre *Roma* de este peligro, le amenaza otro no menor. El jefe de los *vándalos* (*Genserico*), dueño del sur de *España* y del norte de *Africa*, desea distribuir entre sus guerreros iusaciables más rico botín, y cae sobre la desdichada ciudad; no encuentra ni uno solo de aquellos temibles legionarios que formaron en otro tiempo la gloria y el orgullo de *Roma*: llega, roba, incendia y mata, y la cuna de tantos héroes queda para siempre escarnecida, y hollado el polvo de tantos grandes hombres por la planta del bárbaro (455). Pocos años después [476 de la Era cristiana], *Odoacro* (jefe de la banda de bárbaros hérulos), da fin al fantasma, á aquel simulacro de Imperio, tomando el título de rey de Italia.»

Nuevos pueblos se presentan á recibir la parte que les corresponde en el botín imperial: los *ostrogodos* y los *lombardos*. Los primeros, libres ya de la dominación *tártara*, caminan al sur, y llegan á fines del siglo V (495) á aquella *Italia*, tan devastada ya por *visigodos* y *vándalos*; su rey *Teodorico*, remeda por treinta años el régimen imperial; pero con él fenecce aquel ficticio brillo de la monarquía. Los *lombardos* aparecen, por último, en el siglo VI (568), y con ellos puede decirse que

se cierran las grandes invasiones en el centro y sur del Imperio de Occidente.

En el otro extremo, en las «islas británicas,» que las legiones romanas abandonaran desde el siglo IV (395), se establecían, muy poco después (455), los *anglos* y los *sajones*, procedentes de la costa germánica del *mar del Norte*, y fundaban la *heptarquía sajona* (siete reinos), que debía dar origen á la poderosa *Inglaterra* (tierra de los anglos).

III.—Consecuencias inmediatas de las invasiones.

UEL año 476 de la Era cristiana en adelante, ya no hubo emperadores en *Roma*. *Odoacro*, jefe de los hérulos; *Teodorico*, de los ostrogodos; y *Alboino* de los lombardos; pusieron término á aquel fantasma de Imperio, en *Italia*. Los francos y los burgundios se apoderan de la *Galia*; los visigodos, de *España* y *Portugal*; los anglos y sajones, de las *Islas Británicas*; los vándalos, del norte de *Africa*. De este modo, las provincias del Imperio se tornaron en naciones ó pueblos diferentes por el idioma y grado de cultura; pero análogos por las creencias, las costumbres y el régimen político. Sin embargo, esta transformación tardó siglos en efectuarse. Durante doscientos años, de (de 376 á 568), las bandas de germanos vagaban de un punto á otro, destruyendo las ciudades, devastando los campos, matando á los habitantes pacíficos, principalmente á los cultivadores.

El resultado inmediato de las «Invasiones» fué la disminución en el grado que alcanzara la brillante civilización greco-romana; los teatros, las termas, las escuelas, los templos, fueron convirtiéndose en ruínas; las ciencias, las letras, dejaron de cultivarse: ya no hubo artistas ni sabios. Mas si no trajeron mayor grado de cultura, tenían costumbres y reglas de gobierno enteramente opuestas á las de los romanos, que aplicaron inmediatamente, pero cuyas consecuencias se hicieron sentir mucho más tarde,

Los romanos, en efecto, vivían en las ciudades, como funcionarios ó súbditos, cultivando los campos por me-

dio de los esclavos, y pagando puntualmente los tributos que la pesada y costosa máquina imperial exigía; los germanos, por el contrario, huían de las ciudades, que «consideraban como sepulcros en que los hombres se entierran vivos:» estableciéndose en los campos, donde cada jefe ó *Señor* se rodeaba de una banda de servidores que le eran personalmente afectos, sin pagar impuesto alguno. Los cultivadores no eran libres, pero eran *colonos* ó arrendatarios adscritos de padres á hijos al terreno, que fueron poco á poco convirtiéndose en *siervos* y en *villanos*, ó sea, en dueños del terreno, con ciertas restricciones ó sin éllas. Estas costumbres que marcan el individualismo germánico, y estas toscas reglas de gobierno constituyen un momento importantísimo en la historia de la civilización, puesto que á estos cambios se debe en gran parte el progreso de los pueblos modernos de Europa y América.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO II.

Conversión de los bárbaros al cristianismo.

I.—Diversas tribus ó pueblos.—Su conversión.

UANDO los bárbaros penetraron en el Imperio, casi todos eran cristianos, entre ellos la gran familia de los *Godos* (visigodos y ostrogodos), los *burgundas* ó *burgundios*, los *vándalos* y los lombardos; pero no pertenecían al *catolicismo*, esto es, no admitían la identidad de *Jesús* con *Dios*, sino que eran *arrianos*, que rechazaban la divinidad del *Cristo*. Algunos, en fin, como los *francos* y los *anglo-sajones*, eran paganos. La completa conversión de los bárbaros tardó en efectuarse tres siglos por lo menos (del IV al VII); esto, sin contar la

de los pueblos de la Alemania del norte, de los *daneses* y de los *eslavos*, conversión que comenzada en el siglo VI continuó durante toda la «Edad Media.»

II.—Religión de los Germanos.

POR el *Edda* (la abuela), colección de datos relativos á las creencias de los *escandinavos* (daneses y suecos): especie de poema épico-religioso, se han llegado á conocer las que profesaban los primitivos germanos, puesto que eran unas mismas estas creencias. Su semejanza con el *politeísmo greco-romano* es remota, aunque indicio de análogas concepciones religiosas.

Los dioses germanos formaban una verdadera familia divina: *Votan*, el padre de todos y «señor de las batallas» es un guerrero invisible, que hiende los aires con una lanza, montado en un caballo blanco. Uno de sus hijos, *Donar*, (de barba rojiza), es el dios de la tempestad y del trueno; va en un carro de donde lanza el martillo destructor que vuelve inmediatamente á su mano. *Tir* ó *Saxnot* es el dios de la espada y los combates; en tanto que *Freyr* es el dios pacífico, lleno de bondad y de gracia, que hace madurar las cosechas, y cura las enfermedades. Hay también diosas: *Friga*, esposa de *Votan*, protectora de los casamientos, como la *Hera* ó *Juno* del politeísmo greco-romano, y *Freya*, la joven bella, cuya presencia alegra á los dioses. Esta familia habita un hermoso palacio, el *Valhalla*, de paredes de oro y techos de plata, unido con la tierra por medio del arco-iris. Las mensajeras divinas, las *Walkirias*, recogen al que muere peleando en el campo de batalla.

Por bajo de la tierra, en un *infierno* helado y nebuloso habita la familia del mal: *Loki* y sus hijos (*Fenris* y *Holl*), el «lobo feroz» y «la muerte.» *Loki* permanece atado á una roca, «con una serpiente que le vierte sobre la cabeza su veneno;» pero llegará un día en que se soltará, y se vengará de *Votan*, que lo atara, y con los genios destruirá el *Valhalla*: el *Idrasgil*, el fresno que sostiene el mundo, caerá, surgiendo luego del Océano una nueva tierra, mejor que la anterior.

Los *germanos*, como los *persas*, no tenían ídolos ni templos; su culto sencillo, (oraciones y sacrificios), lo celebraban en las montañas y en los bosques; sus sacerdotes, poco numerosos, eran los ancianos y los padres de familia.

III.—Conversión de los bárbaros paganos.

LOS bárbaros que penetraron en el Imperio, con excepción de los *francos* y los *anglo-sajones*, todos para el siglo VI eran cristianos. Sin embargo, su cristianismo era el de *Arrio*, cuyas doctrinas amenazaron tanto tiempo al catolicismo y á la supremacía del «Obispo de Roma» (el papa), que empezaba á dominar completamente la Iglesia.

El clero católico confiaba más en los bárbaros, paganos aún, que en los *arrianos*; tan importante fué esta conversión, que los monjes y los cronistas la rodearon de prodigios ó la sembraron de anécdotas edificantes.

Gregorio de Tours, cronista de los *francos*, relata que *Clovis* ó *Clodoveo*, rey de una banda de aquella nación, una vez que se vió á punto de ser derrotado por otra de *alamanes* que vinieron á disputarle sus conquistas, invocó al dios de su esposa Clotilde, que era católica; y que cuando alcanzó la victoria consintió en ser bautizado. *Saint Remi*, obispo de *Reims*, lo bautizó juntamente con 3,000 guerreros. Lo cierto fué que con el apoyo del clero católico, pronto fué dueño de toda la *Galia*. [511]. No obstante esto, los campesinos de la nación de los francos continuaron siendo *paganos* por todo el siglo VI.

De las «Islas británicas,» la primera que se convirtió fué *Irlanda*. Desde el siglo V, misioneros de *Asia Menor* lograron establecer numerosos monasterios, de donde salieron á su vez muchos misioneros que lograron convertir á los bárbaros de *Inglaterra* y *Alemania*. En el primero de estos dos países, refieren las crónicas que se encontraron con los monjes enviados por el papa *San Gregorio*; y como las comunidades de *Irlanda* habían conservado multitud de prácticas de la Iglesia oriental,


esto suscitó interminables discusiones sobre la legitimidad de tales prácticas. Los reyes y los *Señores* escuchaban con atención estas discusiones, y en la asamblea general de *Wilbi* (664) se decidieron á seguir las costumbres de la «Iglesia Romana» (1).

De *Irlanda*, también, (llamada la Isla de los santos) salieron los misioneros que convirtieron á los pueblos paganos de *Alemania*. *San Gall* fundó la abadía de su nombre en *Suabia*; *San Kilián* penetró hasta el *Mein*, y fué sacrificado; *San Vulfrán* predicó en el país de los *frisonos*. Pero el verdadero «apóstol de Alemania» fué el monje anglo-sajón *Winfrido* [San Bonifacio], que con su energía indomable convirtió á los *Señores* de *Baviera*, *Turingia* y *Hesse* [Siglo VIII].

La conversión de *Wetsfalia* y *Hanover* fué más tarde, cuando *Carlomagno* se propuso extender los límites de su imperio hasta la *Bohemia* y el país del *Weser*. La conversión la encomendó aquel guerrero al filo de su espada, y no á la persuasión evangélica. Después de treinta y tres años de guerra, durante la cual los sajones defendieron su independencia con denuedo, *Carlo-Magno* los sometió definitivamente al cristianismo, destruyó el gran ídolo *Hirminsul*, mandó degollar á los que no quisieron someterse, instaló obispos y monjes, y decretó pena de muerte contra todo aquél que adorase sus antiguas divinidades. En cuanto á los *avares* fueron enteramente expulsados de *Bohemia* por los *francos*. Del norte de *Alemania* salieron luego los que convirtieron á los *escandinavos*.

(1) El monje irlandés Colman declaró en esta asamblea: que sus compatriotas no podían cambiar el modo de celebrar la pascua, porque sus antepasados así la celebraban. El monje Wilfrido contestó que en Roma habían vivido los apóstoles Pedro y Pablo; que Nuestro Señor dijo á Pedro: «Tu eres Pedro, y sobre tí (*Petrus*-piedra) edificaré mi Iglesia, y te daré las llaves del reino de los cielos.» El rey preguntó si era cierto todo aquello; y como convinieran ambos partidos en que era cierto, dijo: «Pues en tal caso debemos obedecerle, como á su Iglesia de Roma, por temor de que al presentarnos ante las puertas del reino del cielo, no encontremos á nadie que nos las abra.»

IV.—La Iglesia después de las invasiones.

 LOS verdaderos y los más propios medios de que dispuso el cristianismo para convertir á los bárbaros y para mantenerlos en la fe, consistieron en la fundación de congregaciones de monjes que llevaban una vida análoga á la de los ascetas de la *Tebaida*. *San Benito*, noble italiano, se instaló en el monte *Casino* [cerca de *Nápoles*] y mandó construir dos capillas y un monasterio. Este fué el origen de la comunidad más famosa de Occidente, y que dió la *regla* á todos los monasterios que se fundaron durante la «Edad Media» en Europa.

Los monjes debían renunciar al mundo, á la familia y á la propiedad; debían ser humildes y sumisos, en lo que no había diferencia respecto de las reglas que observaban en los conventos orientales. La única diferencia consiste en que en lugar de las estériles contemplaciones y prácticas del ascetismo, se impone el *trabajo* como ley de la naturaleza y como necesidad cristiana. «La pereza,» dice el santo, «es enemiga del alma;» por eso recomienda que los monjes trabajen *siete horas* en el monasterio, lean *dos*, y practiquen los *siete oficios divinos*, el primero de los cuales empieza á las *dos de la mañana*.

En el siglo VI, dado el pésimo sistema administrativo de los romanos, y después de las grandes invasiones de *Radagoso*, *Alarico* y *Atila* en el siglo V, las fronteras del Imperio y las provincias que hoy forman la *Italia*, *Francia*, *Bélgica*, *Suiza* y gran parte de *Austria-Hungría*, habían quedado despobladas, y los campos convertidos en eriales. Los monjes benedictinos construían en las malezas, ó en medio de los bosques, «sus graneros, un molino, un horno y panadería; cultivaban la tierra, fabricaban trajes, muebles y objetos artísticos, y copiaban manuscritos.» Eran los monasterios «granjas, talleres, bibliotecas y escuelas.» Los esclavos y arrendatarios de sus dominios formaban una aldea, que solía convertirse en una ciudad. Estos monjes fueron el gran instrumento de conversión; los conquistadores, en lo general, no hicieron más que destruir.

CAPITULO III.

Sucesos Políticos en Occidente
Del Siglo VI al XI.

1.—Italia; Reinos y Dominaciones que se suceden.

A LA caída del «Imperio romano de Occidente,» *Odóacro* [jefe de los hérulos], que tomó el título de rey de Italia, no conservó mucho tiempo su dominio. Los *ostrogodos*, acaudillados por *Teodorico*, penetraron en Italia y arrebataron al «rey de los hérulos» sus posesiones. [493]. El de su reinado, fué el período más brillante de un pueblo fundado por un rey bárbaro; debe decirse que fué el único, puesto que las demás naciones de Occidente no se constituían aún, ó tenían un carácter más rudo y bárbaro que la de los ostrogodos de Italia.

El «Imperio de Oriente,» que se conservaba en su asilo inexpugnable del Bósforo, aprovechó la debilidad del reino fundado por *Teodorico*, ya decadente en manos de su sucesor, y lo destruyó [553]. *Belisario* y *Narses*, hábiles generales de *Justiniano*, dieron así una gran provincia al «Bajo Imperio,» la Italia, con el nombre de *exarcado*, teniendo á *Rávena* por capital.

Pero estaba escrito que los emperadores de Oriente no poseyesen jamás las provincias del antiguo Imperio de Occidente. Los *longobardos* ó *lombardos* aparecen en el norte de la península [568], lo sojuzgan, y no tardan en convertirse en únicos soberanos del norte y centro, conservando los griegos el sur de Italia. Los papas, queriendo librarse de la tutela bárbara de los *lombardos*, llaman en su apoyo á los *francos*, y la península entra en su mayor parte á constituir el efímero «Imperio de Carlo-Magno» [800]. En la definitiva disolución de este Imperio [887], quedaba la Italia como una gran porción que se dividió y subdividió, como las demás naciones, en muchos pequeños Estados. (V. Feudalismo).

II.—España.—La Monarquía Visigoda.

HONORIO [indigno hijo del Gran Teodosio], se libró de los *Visigodos* abandonándoles la España y el mediodía de la *Galía*, donde éstos fundaron un reino, cuya primitiva capital fué *Tolosa* [419]. Desde antes, desde la época de la *gran Invasión* [406], los *suevos* se habían establecido al norte, y los *vándalos* al sur de la península [1]. Estos últimos pasaron el estrecho, y en 429 fundaron un reino que comprendía el sur de España y las antiguas provincias romanas de *Africa*. Este último reino tuvo una existencia efímera; *Justiniano*, emperador de Constantinopla, se apoderó de él en el siglo VI [553]; mientras que la Monarquía visigoda se extendía por toda la península. Sin embargo, en el mismo siglo [507], *Clovis*, jefe de los *francos*, le arrebató casi todo el sur de *Francia* con su capital *Tolosa*.

Desde esa fecha, la monarquía fundada por *Ataúlfo* (hijo y sucesor del terrible *Alarico*), no hizo más que decaer más y más, no obstante los vivos, pero fugaces resplandores que despidió en los reinados de *Teodorico II* y *Leovigildo*; la guerra civil agotó sus fuerzas, y á principios del siglo VIII (711), cayó en poder de los árabes, que la destruyeron en la terrible batalla del *Guadalete*. (2). Como consecuencia de esta derrota, *Sevilla*, *Córdoba* y *Toledo*, (esta última, capital de la monarquía), fueron los trofeos de la victoria. Comienza entonces con *Pelayo*, retirado á las montañas de *Asurias*, aquella cruzada de 800 años contra los infieles, enemigos a la vez de la religión y de la patria. Poco á poco surgieron *León*, *Castilla*, *Navarra* y *Aragón*, que por sus frecuentes disensiones retardaron la reconquista; pero que al fin se verificó en el siglo XV. Mas todo esto pertenece al segundo período de la historia política de la «Edad Media.»

(1) El nombre de *Andaluca* se deriva de *Vandalucia*, tierra de los vándalos.

(2) La leyenda y la poesía se han apoderado de este hecho histórico en el fondo; pero sembrado de episodios fabulosos y brillantes, que pertenecen más á la epopeya y á la novela, que á la historia.

III.—Los Francos y el Imperio.

UNA de las «tribus más oscuras, establecida en las riberas del *Rhin* y del *Mosa*, penetró con *Meroceo* en el Imperio romano (448) y fijó su residencia á orillas del *Somme*, con su primitiva capital *Tournay*. A esta tribu poco numerosa estaba reservado dominar en Occidente y reconstituir el Imperio.

Meroceo se había unido con los *romanos*, *visigodos* y *burgundios*; los campos cataláunicos habían sido testigos de su valor y denuedo: sin esta victoria importante, la raza amarilla dominaría en el occidente de Europa. Mas con quien los *francos* adquirieron verdadera importancia fué con *Clodoveo*, que se considera como el fundador de la monarquía francesa. Con las victorias de *Soissons* de *Tolbiac* y de *Vuillé*, conquistó la antigua *Galia* y estableció su capital en *París*. [511].

Durante los siglos VI y VII, la funesta costumbre de considerar el dominio real como propiedad privada, dividió la monarquía de *Clodoveo* en porciones que se unían ó separaban, según los incidentes de familia, provocando sangrientos trastornos y rivalidades. A la muerte de *Dagoberto* (638), la familia merovingia decae sin cesar, hasta que los *mayordomos* de palacio *Pepín de Heristal*, *Carlos Martel* y *Pepín el Breve*, reinan en lugar de aquella, durante las postrimerías del siglo VII y primera mitad del VIII. El primero de estos verdaderos reyes, aunque sin el título de tales, restableció la unidad del reino, quebrantada por la división entre la «Francia del Este» (Austrasia) y la del Oeste (Neustria). *Carlos Martel*, hijo y sucesor de *Pepín de Heristal*, completó la unificación comenzada por su padre y consiguió en *Poitiers* contra los *Árabes* una de esas victorias que salvan los imperios y las civilizaciones. Por último, *Pepín el Breve* dió al papa el «exarcado de Rávena.» lo libertó de los *lombardos*; y éste, en cambio, lo coronó «rey de Francia.» (1).

El hijo de *Pepín el Breve*, *Carlos*, á quien sus contem-

(1) Este fué el origen del «Poder temporal» del Papa. *Carlo-Magno* no hizo más que continuar la obra comenzada por su padre, celebrando alianza con el Pontífice, para dominar el Occidente.

poráneos le dieron el calificativo de *Grande* (*Magnus*), que la posteridad le ha conservado, y coronó con sus expediciones militares y sus conquistas el edificio cuyas bases echara su padre. En *Italia*, protegió al Pontífice, destruyendo definitivamente el reino de los *lombardos* (776); en *España*, rechazó á los *árabes* más allá del *Ebro*, si bien tuvo que lamentar la pérdida de *Roldán*, su sobrino, sorprendido por los *vascos* en *Roncesvalles*, y en *Alemania*, venció á los *sajones*, á los *Wiltzos*, *Obo-tritas*, y á los *avares* de *Bohemia* (772 á 804). A su muerte, *Carlo-Magno* poseía la *Galia*, la *Italia*, la *Germania* y las *marcas* de *Gascuña* y *Barcelona*. El Imperio tenía por límites: al Sur, el *Ebro*, el *Mediterráneo* y el *Garellano* en *Italia*; al Este, el *Theis*, las montañas de *Bohemia* y las líneas del *Adriático*; al Nordeste, el *Saal* y el *Elba*; al Norte, el *Eider*, *Dinamarca* y *Mar del Norte*, y al Oeste, la *Mancha* y el *Océano*. Bien se le podía llamar descendiente de los *Césares*, pues que había restablecido, casi en su totalidad, el Imperio de *Augusto* en Occidente, añadiéndole aquella temida *Germania* que ocasionó la ruina de los orgullosos *romanos*. El Papa (*León III*), agradecido y satisfecho de tan gran aliado, le envió en 795 las llaves del sepulcro de *San Pedro*, celebró con él alianza de fidelidad y afecto, y lo coronó y proclamó «Emperador de los *romanos*» y «*Augusto*» por la voluntad de Dios.

Pero este gran Imperio fué efímero como el de *Alejandro*: los *francos* no podían perder la costumbre de considerar los reinos como propiedad privada, que el propietario dividía entre sus hijos. *Carlo-Magno* dividió, según la costumbre, el Imperio entre sus hijos; solo *Luis* sobrevivió lo bastante para unirlo de nuevo. Mas, como tuvo también tres hijos, lo dividió definitivamente. En adelante hubo tantos reinos como hijos de reyes; quedando siempre tres pueblos ó naciones distintas: *Francia*, *Alemania* é *Italia*, procedentes de este desmembramiento (924); pero subdivididos en multitud de pequeños Estados. De ellos nació el *Feudalismo*. (V Cap. IV).

Durante el siglo X, la familia de *Eudes*, conde *París*, alterna en el trono con los descendientes de *Carlo-Magno*, hasta que *Hugo Capeto*, hijo de *Hugo el Grande*, tomó la corona y la consolidó en su familia. (986). Desde entonces quedó fundada la monarquía francesa.

CAPITULO IV.

Instituciones en el Siglo X.
El Feudalismo.

I.—La Sociedad Feudal.



ANTES de estudiar la historia de los pueblos de Oriente comprendida en el período que media entre la caída del «Imperio de Occidente» (476) y el siglo XI, en el cual se verifica el contacto entre aquellos pueblos y los que constituyeron los bárbaros, conviene examinar el «Régimen político y social» fundado por éstos en Europa, y que en el seno de aparente anarquía contiene virtudes y gérmenes de progreso que sólo esperan la ocasión de manifestarse.

En el siglo X, las nacionalidades desaparecen ó se ocultan: en todos los países del centro y sur de Europa, se adoptan análogas costumbres, como si fuera un gran Imperio, un solo pueblo desmembrado: en Alemania, en Francia, en Italia y hasta en los reinos cristianos de España (1), se observan las mismas reglas; la sociedad se divide en clases hereditarias: *caballeros ó señores, clérigos y campesinos*.

Desde la época de Carlo-Magno, todo hombre libre es guerrero; el que no tuvo con qué equiparse, el que no tuvo medios bastantes para formar parte del ejército, dejó de ser libre. Todo guerrero ó combatiente es siempre un ginete: combate siempre á caballo, llevando como armas ofensivas espada y lanza, y como defensiva: la armadura, formada por anillos de hierro, y un enorme escudo de madera y cuero. (2). Los hijos de caballero son caballeros también; son *gentiles=hombres* (hom-

(1) Inglaterra, antes de la conquista normanda, no tomó participación activa en este movimiento.

(2) En el siglo XI, aparece la cota de malla, que es un tejido de hierro en forma de túnica. La cabeza está protegida por el yelmo ó casco; la nariz, con el nasal.

bres de noble stirpe, hidalgos): y como todo *caballero* era «propietario de un dominio,» de una porción de tierra que recibiera de otro superior en gerarquía, tenía por esto el título de *Señor* (en latín dominus). Los *señores* (barones, condes, duques), conservaron la costumbre de jurar ser siempre fieles al jefe que los sostenía, ó á quien directa ó indirectamente le debían sus propiedades (feudos); juramento que constituyó el *plei-lo homenaje*; el que lo rinde se llama *vasallo* (servidor), y *Señor* el que lo recibe.

La otra clase la forman los *clérigos*, que eran poderosos por su riqueza, como los caballeros, y muy respetados por su ministerio. Una creencia muy extendida en aquella época era que el mejor medio para salvarse consistía en dar dinero ó tierras á una iglesia. Fácil es suponer que con esa creencia los *obispos* y *abades* llegaron á convertirse en *Señores*. Había pues «*hidalgos ó nobles* caballeros,» é «*hidalgos ó nobles* clérigos.» Eran los únicos que poseían las tierras.

Por bajo de estas dos clases superiores estaban los *villanos*, los habitantes de las aldeas ó villas [propiedades], que no eran propietarios del terreno que cultivaban, sino arrendatarios [hombres libres], ó siervos adscritos á la gleba, con su familia, casa y campo. Los arrendatarios ó colonos pueden ir de un lugar á otro, como libres que son, aunque no puedan adquirir; los *siervos* (servi), aunque pertenezcan al *Señor* no pueden ser sacados de la aldea ó lugar en que viven para venderlos en otro. Hay, pues, gran diferencia entre el siervo y el antiguo esclavo romano.

No obstante su posición muy superior á la del esclavo romano, el *siervo* y aun el mismo arrendatario, se encuentran en situación muy precaria durante la «Edad Media». Tienen que pagar arriendos (tributos en granos y animales), y están sujetos á *prestaciones* y á la justicia del *Señor*, esto es: deben trabajar sin retribución las tierras del *Señor* y pagarle las multas que les imponga. A veces son enteramente despojados del producto de su trabajo, pues que en realidad ni los mismos *colonos* (hombres libres) pueden ser propietarios.

II.—Vida pública y privada de los Caballeros.

UNO de los caracteres más salientes de aquella sociedad de *caballeros* fué el «derecho de guerra,» especie de bandidaje organizado, en que roban, incendian, matan por un insulto, por capricho, ó por el solo deseo de apoderarse de los bienes de las aldeas vecinas. La mayor parte de los *caballeros* de la «Edad Media,» como *Tomás de Marle, Fouques de Anjou, Esteban de Blois*, y mil más, célebres guerreros de los siglos X y XI, eran simples bandoleros, que se apoderaban de los caballeros menos poderosos que ellos, les imponían rescate, ó se consagraban á la tarea más fácil y lucrativa de arrebatárles sus bienes á los campesinos y traficantes.

Como vivían en continua guerra, los *caballeros* tuvieron que edificar sus moradas en los campos, en las encrucijadas, en las montañas, en lugares inaccesibles. Un foso profundo, protegido por una empalizada, rodea un montículo en que el *Señor* vive en una torre de madera cuya puerta se halla á una gran altura sobre el suelo. Para penetrar en esta torre precisa pasar por un tabladillo móvil que va desde la puerta á la parte exterior de la empalizada. Esta morada ó *castillo* fué perfeccionándose poco á poco del siglo X en adelante hasta constituir una verdadera plaza fortificada (con fosos, *barbacana, camino de ronda, almenas y troneras*) con habitaciones para la numerosa servidumbre, caballerizas, prisiones, sala del tesoro, archivo, etc. Solo la artillería pudo acabar con estas fortalezas.

La *caballería* era una *Institución* y una carrera. Para ser *caballero* necesitaba haber nacido *noble* y ejercitarse en el manejo de las armas, iniciarse como *lacayo* ó *escudero*, llevando las armas del *Señor*, sirviéndole en la mesa, para después ser *armado* conforme á una ceremonia que varió según las épocas: primero consistió en entregar al neófito las armas del caballero y darle en la nuca un puñetazo (colada); después, se imaginó *velar las armas*, oír misa, decir oraciones, y otras fórmulas análogas.

Cierto es que los caballeros fueron durante toda la «Edad Media,» (principalmente en los siglos IX, X y XI), incultos, brutales y feroces; pero la vida de aventuras y combates que llevaban les dió las virtudes que exige la guerra: el *valor* y el *orgullo*. El *valor* es tenido en gran estima, y el caballero prefiere morir á parecer cobarde; el *orgullo* es en aquél la fuente de la *dignidad*, la *lealtad* y el *honor*. Su mayor deshonor es violar el juramento de fidelidad que debe á su *Señor*; nadie ha de poner en duda su valimiento y dignidad, ni contradecirle ni desmentirle. Este es el *honor* de los *caballeros* en la «Edad Media,» producto de un orgullo y de una vanidad igualmente intensos, y que dió origen á singulares contiendas, entre ellas al *duelo*, que todavía se conserva en nuestras costumbres.

III.—Gobierno de los Caballeros.

CON estas costumbres es fácil suponer lo que sería el Gobierno en los pueblos de Occidentales desde el siglo IX en adelante, desde que los *caballeros* adquirieron predominio político. La disolución del Imperio de *Carlo-Magno*, hizo ó permitió que cada propietario se convirtiera en «Soberano» ó «rey de sus dominios.» Los *barones, condes, duques*, que eran simples funcionarios en la época de *Carlo-Magno*, volvieron hereditarios todos estos cargos en su familia y se consideraron dueños y se tuvieron por *señores* y *soberanos* de la provincia, aldea ó lugar que gobernaban. El dominio pasó á ser un *feudo* ó propiedad, que podía venderse, legarse ó repartirse entre varios; en él no había más ley que la voluntad del *Señor*, si bien reconocía cada uno de estos soberanillos que debía rendir *pleito-homenaje* de su *feudo* al *duque*, al *rey* ó al emperador. De ordinario, este respeto era puramente nominal, y nada se oponía á que un *duque* le hiciera la guerra y lo pusiera en grave aprieto, como sucedió varias veces con los reyes de *Francia* é *Inglaterra* ó el emperador de *Alemania*, y esto, hasta fines de la «Edad Media.»


El gobierno de estos mil soberanillos tenía que ser despótico y arbitrario, dada su ignorancia, dadas sus costumbres violentas y brutales. No había más reglas

de justicia que «las costumbres.» Todavía en el siglo XIII, cuando se presentaba un caso raro, se convocaba á los ancianos, á los mayores de un lugar, para que declararan lo que habían visto hacer en casos análogos.

Reemplazar las guerras por los procesos: tal fué el *desideratum* en la «Edad Media.» Hay países, como en *Inglaterra* (después de la conquista romana), en *España* (reinos cristianos), en que el rey tenía bastante autoridad para sujetar á los «señores feudales» y obligarlos á aceptar la *paz de Dios*; pero en otros, y á menudo en esos mismos, los *caballeros* decidían por combates todas las cuestiones; el «Tribunal» compuesto de *caballeros* también, se limitaba á señalar el terreno del combate y á inspeccionar el *duelo*, «Entonces se creía que Dios da la victoria al que tenía de su parte el derecho» Aun entre los mismos campesinos ó burgueses llegó á imponerse como regla de justicia, para saber á quién pertenecía la razón, el *duelo*, esto es, el combate entre los litigantes. Si alguno no puede batirse personalmente lo reemplaza un *campeón*. Pero de ordinario, el duelo no se permite á los *villanos*, y se les sujeta á otra especie de *juicio*, al «Juicio de Dios.» Consiste en someter á una prueba al acusado, después de las ceremonias religiosas correspondientes: ya á sostener un hierro candente hecho ascuas, ya á meter el brazo en un caldero de agua hirviendo. Si á los pocos días había desaparecido la herida, el «juicio de Dios» le era favorable. [1].

IV.—La Iglesia hasta las Cruzadas.

(Siglo VI al XI.)

 LOS obispados ó diócesis del antiguo Imperio persistieron después de las «Invasiones.» En cuanto á los países recientemente convertidos entonces, como *Inglaterra* y *Alemania*, adquirieron diócesis ó sedes episcopales, que fueron dotadas

(1) La *ordalía* ó «prueba del agua» era aún más irracional que las otras; consistía en arrojar al acusado en un charco de agua, diciendo: Te conjuro, ¡oh agua,! en nombre del Dios Todopoderoso, que te ha creado para que sirvas á las necesidades, á que no recibas en tu seno á éste si es culpable, haciéndolo sobrenadar en tu superficie.

espléndidamente, como las antiguas. Y como los reyes decretaron la *inmunidad* de los obispos, ó sea el derecho de gobernar sus propios territorios, llegaron estos eclesiásticos á convertirse en verdaderos «señores feudales.» Lo mismo pasó con los abades, jefes de los conventos de «benedictinos.» Cada convento era siempre un gran caserío con talleres, almacenes y casas para criados y labradores, con inmensas propiedades que comprendían una aldea, un distrito, y á veces una provincia. Había, además, conventos secundarios (*prioratos* ú *obediencias*) que el *abad* de un convento principal fundaba en las propiedades lejanas, á las órdenes de un *prior*.

No se detenía aquí la subdivisión de las soberanías en la «Edad Media.» pues que los sacerdotes de una *catedral* ó iglesia de cabecera de distrito, se hicieron independientes del obispo, al cual estaban sometidos al principio. Los *canónigos*, que formaban el *capítulo* ó *claustró*, no tenían más que las *prebendas* (suministro de ropa y víveres), pero como recibían donativos cuantiosos, llegaron á ser verdaderos potentados. Todos estos «Señores» llevaron á la *Iglesia* «el espíritu del siglo,» según llamaban á la corrupción temporal y laica. *Obispos*, *abades* y *canónigos*, pasaban la vida en los combates y en los placeres de la más grosera sensualidad. Los monjes y clérigos eran ignorantes, viciosos é indignos: todos traficaban con las cosas santas, esto es, practicaban la *simonía*.

Todos estos vicios, que rayaron á mayor altura en el siglo X, escandalizaban á todos los que habían permanecido fieles al espíritu de la Iglesia primitiva; pero la reforma sólo pudo efectuarse en los siglos siguientes (XI, XII, XIII,) comprendidos en el segundo período de la historia de la «Edad Media.» (V. Sección tercera.)